

ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V

BARCELONA 18 DE ENERO DE 1886

NUM. 212

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA, cuadro de J. Luis Pellicer
(Propiedad de don José Tomás Salvany)

SUMARIO

TEXTO. — *Nuestros grabados.* — *El muñeco*, por don J. Zahonero. — *El pagaré (continuación)*, por doña Carolina Coronado. — *El desmonte en Australia.* — *Viaje á Filipinas (continuación)*, por el doctor J. Montano.

GRABADOS. — *El pan nuestro de cada día*, cuadro de J. Luis Pellicer. — Apuntes tomados del natural para el cuadro *El pan nuestro de cada día*, de J. Luis Pellicer. — *El primogénito*, cuadro de J. Agrasot. — *La mañana del día de Navidad*, dibujo de Teodoro Weber. — *Chi mi ama mi segua*, cuadro de Vicente Caprile. — *Máquina para cortar arbustos, empleada en Australia y en Nueva Zelanda.* — *Rajah malayo y su mujer.* — *Negritos de la sierra de Mariveles.*

NUESTROS GRABADOS

EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA, de J. L. Pellicer

Nada más digno del pincel de un artista que el ennoblecimiento del trabajo: en este mundo de la ruina prosa, el trabajo es una dura ley para todos; el artista produce porque trabaja; el genio mereced á su trabajo es genio: el trabajo constituye el asunto del poema de la humanidad.

Pellicer ha querido llenar una página de ese poema, y ha escogido á su héroe más útil y humilde á un tiempo, al trabajador del campo, al segador de mieses, de quien, como de ningún otro, se ha dicho que gana el pan con el sudor de su frente. Héle en pleno campo que el sol baña por entero, con una intensidad, con una tenacidad cruel. En el cuadro de Pellicer entra por mucho ese sol, esa luz, ese ambiente de fuego. Bajo los rayos del sol se dobla el segador que con puño de acero corta las espigas, las apila en sitio conveniente y va formando los haces de que se deriva el más obligado manjar de los ricos y de los pobres. Unos y otros son iguales ante la necesidad del pan. ¿Quién más digno de comerlo que aquel que lo obtiene de la tierra, agrada a sus cuidados?...

La obra de Pellicer es como todas las suyas: encierra un pensamiento profundo; está concebida con sobriedad y ejecutada con la precisión que sólo es dable á los verdaderos maestros del dibujo, que trazan lo que ven y ven lo que sólo es dado ver á los artistas de verdadero mérito.

La escena tiene lugar en la ribera del Cinca; y el autor, con buen talento y fina sátira ha hecho intervenir en el asunto al señorito que aparece en el fondo, y que fumando tranquilamente su cigarrillo, contempla impasible la fatiga de los trabajadores. Ese señorito es la nota discordante del himno al trabajo compuesto por el Sr. Pellicer: sin duda por esto ha sido relegado al último término.

También reproducimos algunos apuntes tomados del natural, que sirvieron al autor para pintar tan notable cuadro, que ha figurado en varias exposiciones.

EL PRIMOGÉNITO, cuadro de J. Agrasot

Este asunto ha sido tratado por distintos autores; LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA ha publicado diversos grabados sobre este mismo tema. La coincidencia no prueba sino que el asunto es á propósito para ser tratado pictóricamente. No puede calificarse, por lo tanto, ni aun de imitación, el hecho de ejecutar un artista el asunto que otro artista haya ejecutado; porque en bellas artes el principal mérito no está en la escena ó tipo representado, sino en la manera de representarlo. Como tipos reproducidos hasta lo infinito, el cristianismo y el paganismo los han proporcionado numerosos, sin que el mérito de Rafael haya sido en detrimento del de Murillo, ni el talento de Rubens haya disminuido la importancia del Tiziano. Virgenes y Venus, Cristos y Apolos, santos y semi-dioses, han sido reproducidos hasta la saciedad; y en punto á escenas, el monte Calvario y el monte Parnaso han dado que hacer á los pintores tanto como los milagros de los bienaventurados y las metamorfosis del soberano olímpico.

Agrasot ha estado feliz al dar forma al acto ó escena de la presentación del vástago primogénito de una familia ilustre, y aun cuando todo el talento del célebre Brend'Amour no ha podido suplir con el buril los encantos del colorido, sin embargo, el simple hecho de haberse confiado el grabado de este cuadro á tan importante artista, prueba el aprecio en que es tenida la obra que hoy publicamos.

LA MAÑANA DEL DÍA DE NAVIDAD, dibujo de Teodoro Weber

Todas las fiestas cristianas tienen un fondo de poesía embelesadora; pero ninguna tan grata, tan dulce, tan consoladora, en medio del rigor de los elementos que por lo general la acompaña, como la fiesta de la Natividad del Señor. Los árboles no tienen hojas, los pájaros han suspendido su vuelo, la nieve envuelve la naturaleza toda como si fuese un sudario. Y sin embargo, apenas despunta el día, falta tiempo á jóvenes y ancianos para abandonar la abrigada vivienda, y no hay frío que no se arrostre, ni temporal que no se desafíe, para acudir al templo á oír el eco de la voz de los ángeles que publican la buena nueva.

¡Ah! También estaba helado el corazón de los hombres, también la sociedad espiraba bajo el sudario del egoísmo y de la sensualidad, cuando en una noche fría, en el fondo de un establo, sin más compañía que la de sus atribulados padres, nació Aquel que convirtió el hielo en fuego, el egoísmo en caridad y la sensualidad en penitencia. Por primera vez se trastornaron las leyes de la naturaleza y un mundo lleno de vida surgió de un mundo muerto.

El dibujo de Weber nos traslada al campo en la mañana del *gran día*, y está todo él impregnado de una poesía tan sencilla, y tan grande empero, como el asunto que la inspira.

CHI MI AMA MI SEGUA, cuadro de V. Caprile

El autor de este cuadro es uno de los jóvenes pintores italianos á quienes sonríe un porvenir más halagüeño. Hace diez años expuso por vez primera sus trabajos, y hoy son éstos preciadas joyas del arte, que aficionados y comerciantes se disputan con empeño.

La pastora que hoy reproducimos llamó la atención en la última exposición milanesa, y ciertamente era digna de ello por su sencillo asunto, en que se hubiera estrellado, ó pasado desapercibido siquiera, un artista de menos condiciones. En bellas artes, como en poesía, regular lo vulgar es la piedra de toque para el genio. Caprile ha escogido un asunto pastoril, rústico casi, y sin salirse de la verdad y de la naturalidad, ha pintado un cuadro tan correcto como elegante. Hay en esa muchacha una soltura que encanta, una sonrisa verdaderamente cándida, formas realistas sin ser groseras ni repugnantes y una perfecta confianza en sí misma, hija de la tranquilidad de su conciencia.

La frase que sirve de título al cuadro, ó recuerda unas palabras del Salvador ó está tomada de una proclama del general Garibaldi, cuando se puso al frente de los primeros voluntarios de la libertad italiana. No comprendemos la asimilación; porque, después de todo, ni los voluntarios de Garibaldi tenían grande analogía con los mansos corderos de Vicente Caprile, ni es aplicable á la gula de éstos el amor á que aludió el Divino Maestro.

EL MUÑECO

A Mariano Urrutia

I

—Descanse V.; aquí subimos pocas veces. Bajaré la luz del gas y podrá V. dormir, si gusta.

Mucho agradecía la invitación: ¡qué queréis! esto de trabajar todo el día acaba con las fuerzas de un Hércules. Un dolor de cabeza me obligó á despachar rápidamente el negocio que me había llevado á la tienda de juguetes.

Uno de los dependientes de la tienda, persona muy amable, compadecido de mí, me proporcionó el medio de lograr un ligero reposo á la fatiga. No quedé mal del todo al cabo de algunos momentos, durante los cuales con la cabeza entre las manos, los codos en los brazos del sillón, los pies sobre un calentador y los ojos cerrados, olvidé mis preocupaciones y permanecí como al placer de un dulcísimo sueño, viendo á través de los cristales que daban á la calle pasar y reparar multitud de gentes.

El descanso es una medicina reparadora y eficaz.

Al cabo tuve un placer infantil: dejé de pensar en el tanto por ciento por comisión, en el debe y haber, en el recargo de Aduana... y fijé mis ojos en el escaparate; ¡qué abundancia abigarrada de lindas ficciones! ¡qué mundo de juguetes! Allí un bebé, rechoncho y coloradote, permanecía apoyado en un rincón como esperando la papilla; acá un nigromántico parecía evocar los espíritus levantando á lo alto su varilla mágica como un director de orquesta la batuta; un ruso feroz aguardaba sentado á unos soldaditos austriacos para tragárselos con delicia brutal, y una preciosa pastora conducía, con solicitud cariñosa, su rebaño, y en medio de éstos percibí un caballero muy lindo que parecía un señorito elegante de esos que á su vez parecen un muñeco de feria. ¡Qué petulante era el tal monigote! Tenía el bastoncillo en una mano como haciendo con él molinetes y en la otra llevaba un *bouquet*, un ramo mejor dicho, porque dicho está en castellano; los quevedos montados en la nariz, la cabecita echada hacia atrás como hombre á quien los sesos pesan poco y á quien la vanidad zarandea á su capricho; por último, muy petimetre, muy pisaverde y muy pretencioso.

Al lado de una cocinera que se hallaba ocupada en el arreglo de sus cacerolas y de un marinerito que remaba afanoso, me pareció aún menos simpático el diablo del muñeco.

—¿Para qué servirás tú, mequetrefe? — pensé; — sin duda para importunar menos que los de carne y hueso á tus semejantes; pero en fin, ¿puedes agrandar tú con esa fachada de bástate solo y ese aspecto de caballero del ocio?

Dicho y sabido es que tocar los objetos que se hallan en una exposición no es acto que revele gran discreción; pero tanto pudo en mí la curiosidad que tomando á mi hombrecillo por la cintura, como Gulliver cogía á los ciudadanos de Lilliput, le elevé á la altura de mis ojos para examinarle de cerca, y al descubrir en su peana de metal un letrero, leí:

«Apriétese el botón y el caballero dirá su nombre.» ¡Hombre, siquiera tienes una gracia inesperada y oculta! — exclamé.

—Vamos, sepamos cómo te llamas, — dije apretando el botón indicado por el letrero.

Un sonido extraño se produjo á la opresión que mis dedos hacían, algo así como el que se oye en algunos relojes antes de sonar las campanadas que cuentan las horas, y luego en voz de trompetilla de pólichinela la ingeniosa máquina soltó esta respuesta:

—¡Don Dieguín! — y el muñeco volvió rápidamente la cabecita, dió un movimiento rotatorio á su bastón y quedó en otra postura no menos cómica y extraña.

Me hizo reír, me divertió aquel frívolo juguete; miré su precio, dejé el muñeco en el sitio de donde le había tomado y no volví á pensar en él.

II

Hacía un frío glacial; era uno de los días más terribles de un crudísimo invierno.

Las puertas y ventanas de las grandes casas de París se hallaban herméticamente cerradas; los ricos lo pasaban menos mal alrededor de las anchas y abrasadoras chimeneas; los pobres en sus tugurios miserables se arrebujarían, tiritando diente con diente, en sus andrajosos abrigos.

Apenas transitaba gente por las calles; no era muy avanzada la hora; pero era oscura y espantosa la noche.

En una buhardilla, elevada sobre una de las casas más viejas de los arrabales, se hallaban seis personas trabajando á la luz de una de esas grandes lámparas llamadas de familia, y á las que parece que se cobra amor porque ellas iluminan, durante las más gratas horas de la vida, lo más íntimo y querido del hogar.

La habitación no era á la verdad tan estrecha como suelen serlo todas las de las buhardas; en ella una anciana parecía muy preocupada en coser un objeto pequeño de trapo, y cerca de ésta tres jóvenes ocupadas con igual atención en otras costuras.

No lejos de este grupo se veía un niño, como de unos catorce años, trabajando en una labor de tornero sobre un aparato de dicho arte; á la vez que un hombre de unos veinticinco á treinta años, mantenía fija su atención en un plano cubierto de rectas, curvas, puntos y dibujos.

Reinaba en aquel recinto un silencio solemne, cuando por acaso cesaba momentáneamente el raroo del tornero moviendo su máquina, silencio en el que la costumbre de oírle hacía pasar inadvertido el simétrico tic-tac de un

viejo reloj, testigo antiguo de la vida laboriosa de aquella familia.

De vez en cuando alguna de las jóvenes alzaba su cabeza y extendía sus brazos para medir el hilo de un carrete, pasar la hebra por sus frescos labios de rosa, cortar la hebra con sus diminutos dientecillos, enhebrar la aguja y volver á su tarea.

El cuchicheo que se oye en todo corrillo de mujeres que trabajan reunidas, ese picoteo de pajarillos que ocupan el mismo árbol, esa charla confidencial, dulce, que sólo interrumpe alguna que otra vez la canción que anima y alegra el taller, estaba allí reprimido.

Nadie quería interrumpir la grave preocupación del joven que examinaba los planos.

Era éste de una fisonomía grave; tenía frente despejada y en ella el ceño que suele dibujarse en el rostro de los hombres que sacrifican su existencia á las grandes operaciones del cálculo.

Aquel hombre se hallaba, sin duda ninguna, á la vez que profundamente preocupado, á merced de una íntima tristeza, y no sé si atreverme á decir sin temor de equivocarme que superaba su melancolía á la importancia de la abstracción en que tenía laborioso el pensamiento.

Prodújose nuevamente el suspendido raroo del torno, lo cual debió de mortificar al pensador, porque, alzando la cabeza y apartando de los planos la vista, dijo:

—Por Dios, niño, ese ruido me atruena los oídos y me distrae; si tuvieras la bondad de suspender tu juego.

—No juego, Luis, — contestó el niño, — trabajo.

—¿Trabajas? ¿eres tornero tú?

—No, pero trabajo.

—¿No has trabajado hoy bastante en tu imprenta?

—Sí, pero aquí también trabajo.

—Deja eso, — dijo la anciana dirigiéndose al niño.

El niño obedeció.

Luis volvió á intentar entregarse de nuevo á su estudio, pero no le era posible sin duda hacerlo, y sentía cansancio y necesidad de dar momentáneamente un dulce reposo á su espíritu.

—A todos os veo muy ocupados, — exclamó, — ¿qué hacéis? trabajáis más que otras noches. ¿Qué hace V. también tan afanosa, querida mamá, fatigando sus débiles ojos? ¿Qué es eso?

Luis señalaba el objeto que la anciana tenía entre sus manos, ésta parecía querer ocultar su obra; pero á una mirada de cariñosa é insistente súplica que Luis la dirigió mostró el objeto de su labor.

La admiración de Luis al verle fué grande. El objeto era un sombrero de copa casi tan pequeño como una de las caperuzas del sastre de las siete monteras juzgado por Sancho, gobernador de la ínsula Barataria.

—¡Bah! me entretengo, — exclamó afectando indiferencia la anciana, y dando un giro hábil á la conversación añadió: — Nada me has dicho de lo que te ha ocurrido hoy.

—¡Oh! no van mal mis asuntos, — contestó afectando una alegría que desmentía la expresión triste de su cara.

—¿Tienes algunas esperanzas?

—Sí, no hablemos de esto, — replicó el joven, á quien sin duda le era doloroso seguir fingiendo.

—Antes bien, — dijo gravemente la anciana, — antes bien debemos hablar, porque si estás desalentado te animaré y si confías sin gran causa sabrá tu madre prevenirte para el dolor de un desencanto.

Las niñas, sus hermanas, miraron á Luis.

—¡Ah mamá querida! nada puedo ocultar; hoy he sufrido como ningún otro día. Inútil ha sido la recomendación.

—¿Pues cómo?

—El Ministro ha desoído mi pretensión. ¡Pero en qué forma tan despreciativa y descortés! Cuando entré en el despacho estaban en él varios mequetrefes petulantes, los cuales, al verme, cuchichearon entre sí y debieron, al reírse, hacerlo de mi pobre traje y de mi aspecto triste; ¡no quisiera ser malicioso! lo cierto es que apenas me puse á hablar á S. E. me cortó la palabra con una sequedad que me hirió en el alma y diciendo que no podía ocuparse en mi asunto se puso á charlar alegremente con los juvenzuelos y al salir me despidió con un imperceptible y desdenoso saludo. Hubiera vengado el desprecio y la burla, si no fuese el sagrado deber de un empeño en el trabajo antes que la frívola vanidad... No me atienden, madre mía... Ni el gobierno me oye, ni hallo quien me preste capital, ni hay quien oiga la explicación acerca de la utilidad de mi invento y estudie éste... Y sin embargo, es útil un aparato por el cual á largas, muy largas distancias puede hacerse oír la voz de «socorro» de los naufragos, que desfalleciendo, dudan hasta de que los oiga el cielo, al divisar el lejano buque, y cuando lanzan al espacio la palabra suplicante y salvadora! No hablo de otras y más importantes aplicaciones de mi invento.

Luis hundió su cabeza entre las manos; pero luego, pensando que apenaba á su madre, volvióse á ésta y la preguntó:

—Pero, en fin, madre mía, ¿qué hacéis todos desde hace algunos días que os veo trabajar con tal fervor?

—Hijo mío, no te ocultaremos la verdad; hacemos, después de nuestros trabajos caseros, casi por distraernos, juguetes para la fábrica que hay en el barrio.

—¡Oh queridos de mi alma! queréis ayudarme, queréis facilitarme el mayor reposo que posible sea para que me dedique al estudio...

Luis se arrojó en los brazos de su madre, rodeándola á su vez todos, y formaron uno de esos hermosos grupos de personas que se enlazan en un mutuo sentimiento de amor.

—Por eso te molestaba con el torno,—dijo el niño.— Porque yo, como no infundo á lo inanimado la vida con un soplo como Dios, me cuesta un diminuto brazo de madera muchas horas de trabajo.

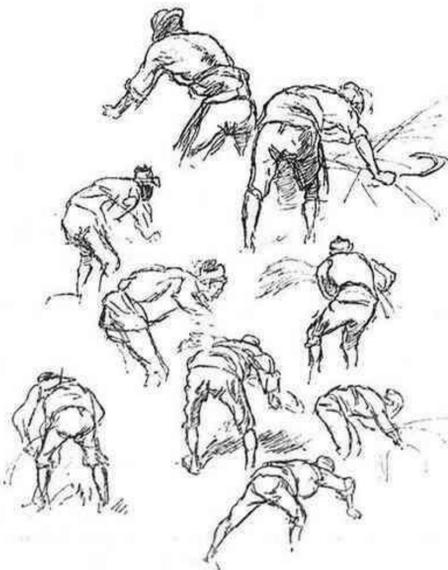


Apuntes tomados del natural para el cuadro *El pan nuestro de cada día*, de don J. Luis Pellicer

—¿Y vos, madre mía, hacéis los sombreros?
—Sí, y tus hermanas los vestidos; sólo nos dan en la fábrica las cabecitas de porcelana. Ahora estamos haciendo un muñeco.
—Pobres, pobres y queridos obreros, ¡cuánto os debo!
—añadió Luis sonriendo; pero pareció quedar como preocupado un momento, pasado el cual, dijo:



—¿Y no podría yo añadir algo á la obra?
—¿Quién lo duda? pero esto es indigno de tu talento, que ha de emplearse en más importantes trabajos,—dijo el niño.
—No hay trabajo despreciable,—replicó Luis.
Habíase iluminado su rostro, sus ojos brillaban como estrellas, pues la inspiración, fuego del cielo, da á los ojos destellos de astro; y de pronto, sonriente y alegre, exclamó:
—¡Estamos salvados! Mi primer invento puede reducir en algo sus pretensiones; parte de él dará voz al muñeco; le haremos decir por de pronto «chacha, papa,» cualquier cosa: hacer reír á los niños es una misión casi sagrada; basta para el negocio un humilde capital; haré un empréstito y haremos un muñeco singular, será la caricatura de esos petimetres, de esos seres inútiles; el secreto del aparato que había de hacer que se oyese la palabra de «socorro»



cuando al desdichado le faltan fuerzas para lanzarla, el propio mecanismo resonará antes en el cuerpo de un muñeco.
El dinero que esto nos produzca tal vez sirva para realizar el otro proyecto, y realizado éste, quizá podamos

redimir á millares de artistas que gimen en la esclavitud de que nosotros saldremos; devuelvo alegremente la burla. Así fué, en efecto; y como Minerva salió armada de punta en blanco de la cabeza de Júpiter, don Dieguín nació de la inteligencia del mecánico parisiense ¡Don Dieguín! ¡Quién había de decirlo!
Pues esto acontece con toda obra de arte: si la miráis con detenimiento, veréis tras ella un proceso de dolores y de trabajos... y os avergonzaréis de haberla despreciado. Felizmente no cabe otra moraleja á la historia del muñeco, porque los seres humanos de la facha de don Dieguín, van ya desapareciendo en los pueblos activos, inteligentes y libres, y si los hay, ¡Dios los perdone!

J. ZAHONERO

EL PAGARÉ

POR DOÑA CAROLINA CORONADO

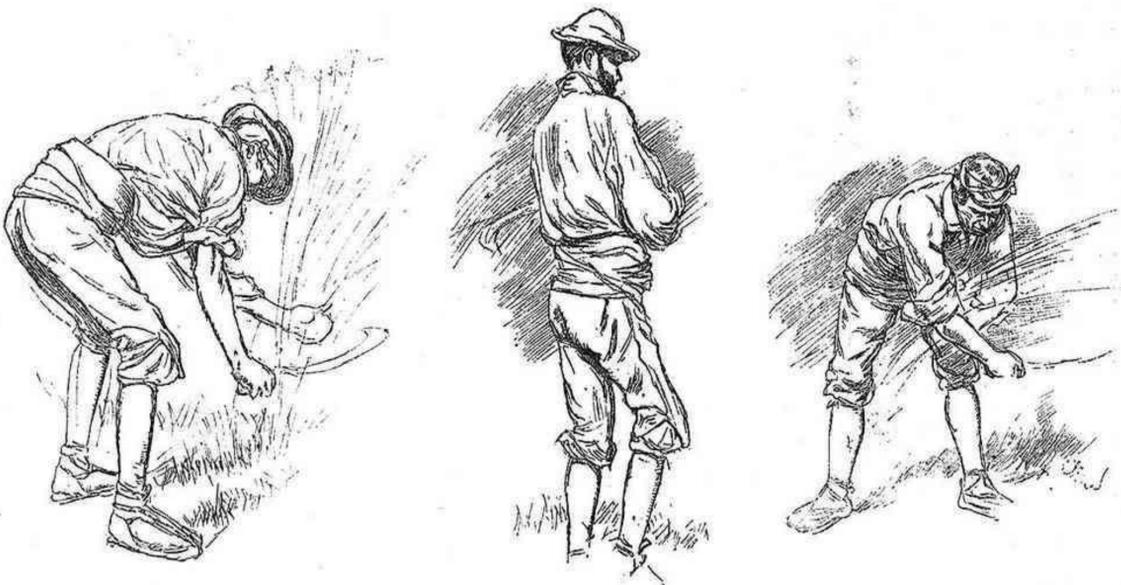
(Continuación)

—No obstante todo esto, yo tengo parientes en Alemania á los cuales he acudido, y sé que no me faltarán. También entre los que han tenido la culpa de la bancarrota se ha promovido una suscripción para auxiliarme, y no necesito sino un nuevo plazo, aunque sea breve, para poder cumplir como deseo.
—Imposible, señor Duque.
—Iría á Madrid. Yo he favorecido á muchos; muchos me deben su fortuna; y crea V. en la palabra de un hombre honrado: V. tendrá su dinero; sólo necesito un respiro, Samuel. Aquí no tengo con qué cancelar el pagaré.
—Yo deseo servir al señor Duque y le daría ese plazo que me pide si pudiera responder con algunas alhajas...
—Lo que tengo está á su disposición.
—Veamos.
—Este lavabo de plata.
—Plata vieja.
—Era de mi padre.
—Eso no le hace valer más que su peso de plata vieja.
—Esta campanilla de oro cincelado.
—No dudo que tendrá buen sonido pero poco peso.
—Este cuchillito de oro.
—Un juguete.
—Tiene piedras.
—Unas turquesas y unos rubíes... ¿Qué más?
—Este reloj,—añadió el Duque sacando del bolsillo un magnífico remontoir.

—Era de su madre.
—Su madre ve desde arriba que la hija necesita pagar, y no se ofenderá porque...
—Eso que dice V. me hace mucho daño, Samuel.
—No me propongo hacer daño al señor Duque.
—Pudiera V. aceptar estas alhajas mías y yo haría un pagaré por el resto.
—Me admira, señor Duque, que teniendo todavía con qué pagar, se niegue V. á ello.
—El oratorio no es mío y yo no puedo violentar la conciencia de mi mujer.
—La conciencia, señor Duque, la conciencia no es conservar lo que no nos pertenece; eso sería negociar con Dios y...
—Samuel,—interrumpió el Duque irguiéndose con altivez,—mi desgracia no autoriza á V. para faltarme.
—Señor Duque, soy bastante honrado para abusar de la desgracia y sólo me he permitido hacerle una reflexión.
—Esas reflexiones me ofenden.
—Pues ceso; pero, ¿no cree el señor Duque que hay algo de fanatismo en dar importancia á un mueble que al fin no es más que una forma elegante de devoción?
—Yo no juzgo las acciones de la señora á quien respeto.
—Y yo la respeto, me atrevo á decir, tanto como el señor Duque.
—Así debe ser.
—Pero no hallo medio de salir del barranco.
—Yo iré á hablar con mi mujer.
—Perfectamente. Confío en su discreción.

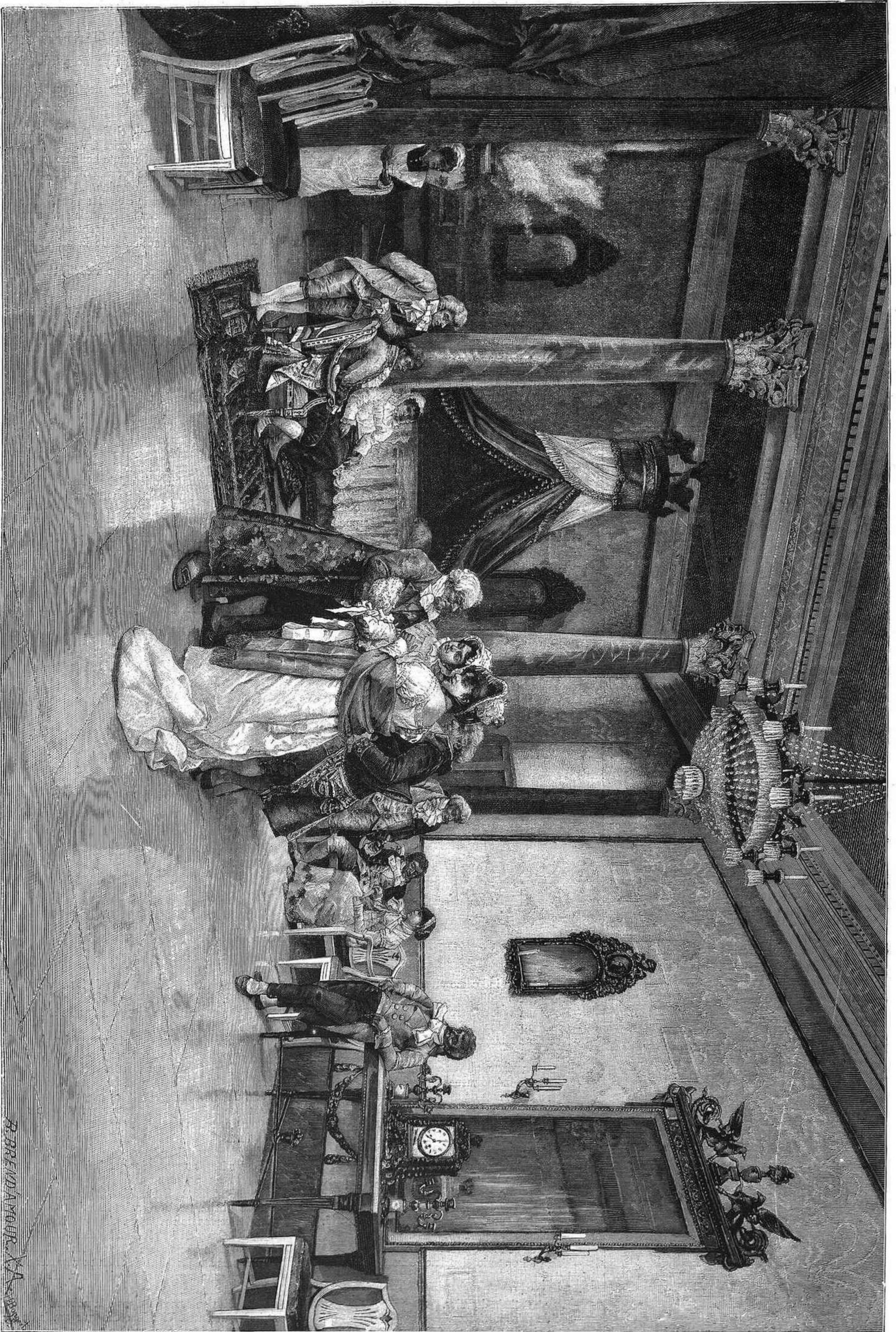
VI

Samuel era de origen español. Sus antepasados habitaban ya en Andalucía en el siglo xv y fueron, en la expulsión de los judíos, unos de los que pasaron á Alemania, desde donde la rama primogénita de la familia Disraeli se trasladó á Londres, en cuya ciudad prosperó rápidamente hasta llegar á ser uno de sus descendientes ministro de la corona, luego jefe del gabinete, el consejero más íntimo de la Reina, y últimamente miembro de la cámara de los Lores. Lo que quiere decir que en Inglaterra son más afortunados los hebreos que lo fueron en España; sea por la aproximación de sus creencias con las del culto del Estado ó por las concomitancias burocráticas. Ha habido, no obstante, en España, algún ilustre jefe de gabinete, que llevado de generoso impulso para reparar la injuria que se hizo á aquel pueblo inteligente y laborioso, les escribió con tierno desvelo para que volviesen á la madre

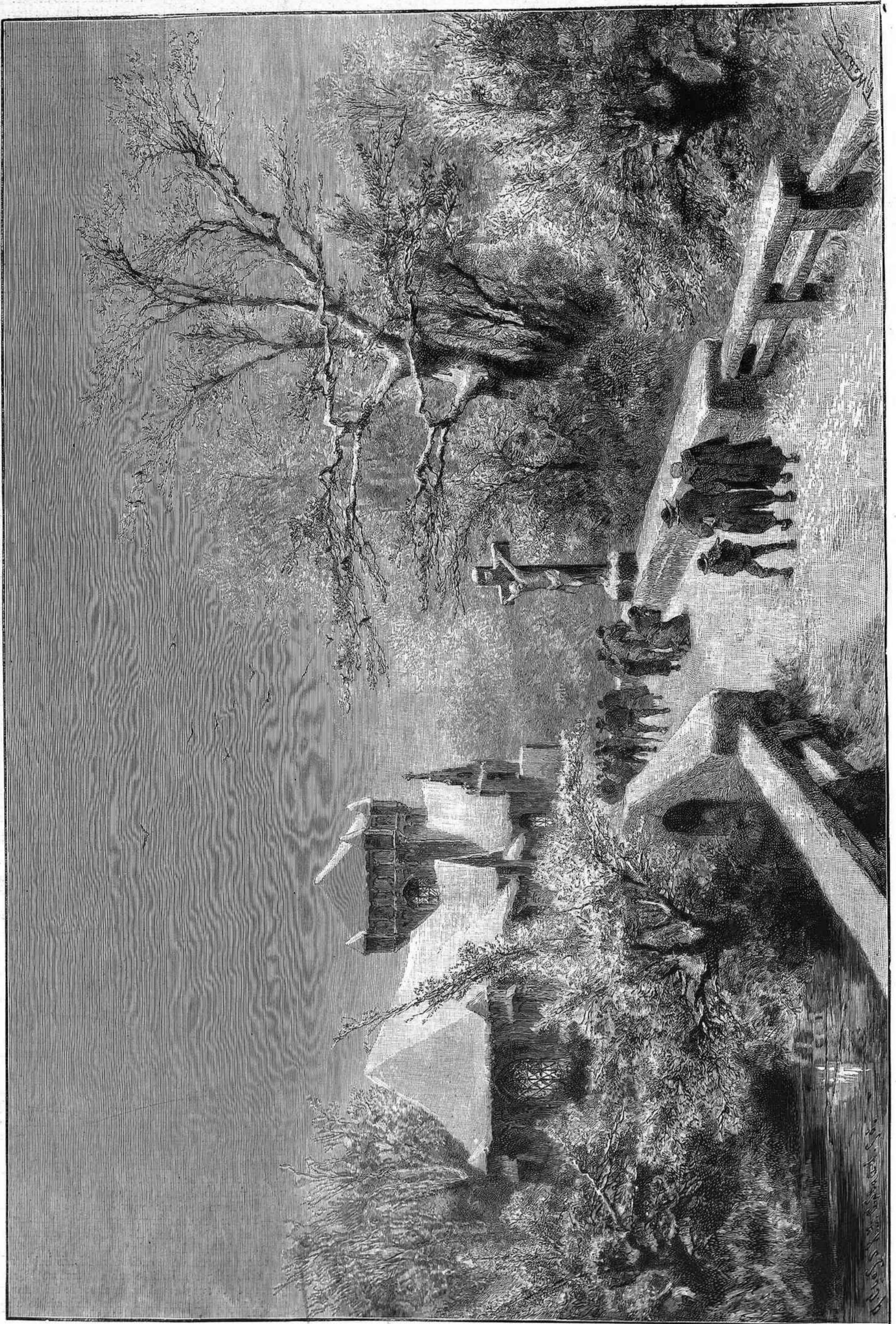


Samuel lo examinó como un anatómico pudiera examinar un esqueleto y dijo:
—No es mala pieza, pero se vende también al peso.
—¿Cuánto puede valer esto, Samuel?
—Necesitaría hacer una tasación escrupulosa... no quisiera justipreciar ligeramente prendas que se estiman por su dueño demasiado, tal vez...
—Pero poco más ó menos.
—Yo no daría más de cinco mil reales.
—¡La cuarta parte del pagaré!
—Ya ve el señor Duque que esto no basta.
—¿Y qué he de hacer?
—En efecto, la situación es apurada.
—No sé qué ofrecer á V., Samuel.
—¡Si el señor Duque tuviese muebles antiguos ó telas antiguas... tisé! La señora Duquesa tenía muy buenos encajes.
—Ha tenido que deshacerse de ellos en Madrid.
—Abanicos antiguos...
—También se los llevaron.
—Tenía un oratorio, si mal no recuerdo, que perteneció á Isabel I.
—Sí, pero...
—Era una alhaja de valor.
—No de valor intrínseco.
—Pero siendo de valor artístico yo me conformaría.
—Samuel, el único consuelo que tiene mi mujer en esta desgracia, son sus devociones.
—Lo comprendo, pero para orar no se necesitan oratorios regios.

patria, y tal vez fué Samuel uno de los atraídos á fijar su residencia en Sevilla, en cuya población tenía parientes y á la cual acostumbraba á venir todos los años después de pasada la Semana Santa.
Samuel era buen negociante, no mal hombre. Obedecía al instinto de su raza procurando el oro por los medios lícitos del préstamo, y, naturalmente, cuando veía alguna fortuna próxima á caer, rondaba y se iniciaba en los secretos de la familia y seguía los pasos de sus individuos hasta que llegaba el momento oportuno de aprovechar aquellas brevísimas que caían por sí mismas, maduras y entreabiertas, goteando la rica miel que el judío saboreaba en los palacios del Duque.
En las largas temporadas que había pasado en Madrid con la buena posición que le proporcionaba la intimidad del ministro inglés, había sido testigo de los desastres del Duque y había terciado en las transmisiones de sus bonos y en las ventas de sus fincas. Aunque hablaba de muebles, de telas y de encajes, sabía bien que no le quedaba á Valeria más que el oratorio, por la sencilla razón de que las mejores alhajas las tenía él en su casa adquiridas por segunda mano á precios insignificantes. El conocía muy á fondo al Duque. El Duque había caído en la emulación que impulsa en estos tiempos á la nobleza á salir de sus atrincheramientos. Viendo cómo por gracia de los sistemas constitucionales el pueblo sube al parlamento y el parlamento se hace grande de España, ha entrado en rivalidad con los diputados y los industriales luchando en los comicios y lanzándose en los negocios. Pero desgraciadamente, como la índole y la educación de estos anti-



EL PRIMOGÉNITO, cuadro de J. Agrasó, (de una fotografía de J. Laurent, de Madrid)



LA MAÑANA DEL DÍA DE NAVIDAD, dibujo de Teodoro Weber

guos infanzones no se aviene con ciertas prácticas del vulgo y no están iniciados en los misterios bur-sátiles, siempre sin ser los actores del drama, son las víctimas del *fiasco*. Sus nombres campanudos al frente de las empresas mercantiles son el reclamo que explotan los que están entre bastidores, y el Duque había sido uno de los silbados. Y ya se sabe que Madrid tiene abundancia de pitos para el aristócrata que cae. Es la venganza de las clases que no se satisfacen hasta que se extingue aquélla que ha producido la envidia y los rencores de los que sólo á fuerza de trabajos han podido subir y colocarse al nivel de los que nacieron privilegiados. Además, Valeria era muy hermosa y de virtudes excepcionales, y esto añadía á los ojos de la burguesía dobles motivos para que se la tratase con rigor. No poder decir que una Duquesa de alta estirpe era una dama liviana, destruía parte del argumento que sirve todos los días á la democracia para fundar sus teorías. Por otra parte, los cortesanos realistas también se alegraban de esta caída, por lo mismo que el Duque había sido benévolo con la democracia.

La verdad es que la sociedad moderna, compuesta de elementos contrarios que se esfuerzan por confundirse y se rechazan para unirse, es una batalla sangrienta donde caen muchos muertos y muchos heridos.

VII

Cuando Rosita volvió al cuarto de su madre, echada de la conferencia, Valeria lloraba desconsoladamente.

—No llores, — dijo Rosita abrazándola, — que ya le he dicho á ese hombre que tiene los ojos como el bastón.

—¿Y papá qué hacía?

—Papá estaba muy serio.

—¿El hombre no se fué todavía?

—¡Ca! está allí con el lagarto en la mano.

—¡Jesús, Dios mío!

—No llores; yo volveré á decirle que se vaya.

—No; déjale.

—El no se queda aquí.

—Ya se irá.

—Verás cómo se oye el coche.

—¿Lo oyes ya?

—No le oigo, pero eso será porque están comiendo los caballos. Yo vi los caballos y son muy flacos.

—Ahora me parece que suena, ¿lo oyes?

—No, pero irán muy despacio, porque los caballos parecen esqueletos.

—Ya debía haber concluido.

—¿Quieres que vaya otra vez?

—No, porque papá no quiere.

—Yo no entro en la sala.

—No, hija mía.

—Ellos no me ven.

—Ahora oigo ruido...

La Duquesa se acercó á la puerta y la abrió y la volvió á cerrar. Todo estaba en silencio.

—No sé, — dijo Rosita después de madura reflexión, — por qué tienes miedo de ese hombre: yo le dije que tenía miedo de él, pero no tengo ninguno.

—¿Por qué le dijiste eso?

—Para fastidiarlo.

—¿Y se enfadó?

—¿Qué sé yo? Los ojos son verdes.

—Mejor que hubieras estado amable.

—¡Yo no le puedo ver!

—Pero las niñas deben ser bien criadas.

—Sí, pero él parece un criado.

—Cállate, que ahora sí que se oye ruido.

—Es la puerta.

—Ahora sale.

—¡Gracias á Dios!

En efecto, se abrió y se cerró una puerta y se abrió otra. Era el Duque.

—¡Ah! — exclamó Valeria, — ¡qué ansiedad! ¿cómo vienen?

—Ten calma, Valeria, y óyeme.



CHI MI AMA MI SEGUA, cuadro de Vicente Caprile

—Habla, Alvaro, ¿no cede?

—Con ciertas condiciones

—¿Qué quiere?

—Alguna garantía de alhajas ó muebles.

—¿Y qué le has dicho?

—Le he dado la plata y el reloj.

—Aquí están mis zarcillos, — repuso la Duquesa, quitándolos vivamente de las orejas.

—Yo no se los llevo, y además no se satisfaría.

—¿Qué exige?

—Me habla del oratorio..

—¡Ah!

—Yo me he negado.

—Mira, Alvaro, por malo que sea ese hombre, si yo le explico lo que es para mí el oratorio, él desistirá.

—¿Quieres verle?

—Yo le daría los zarcillos y estoy cierta de que nos dejaría en paz.

—Me temo, pobre amiga mía, que inútilmente hagas el sacrificio de recibirle.

—No, Alvaro, yo tengo confianza en mi persuasión.

—Sea, le diré que éntre.

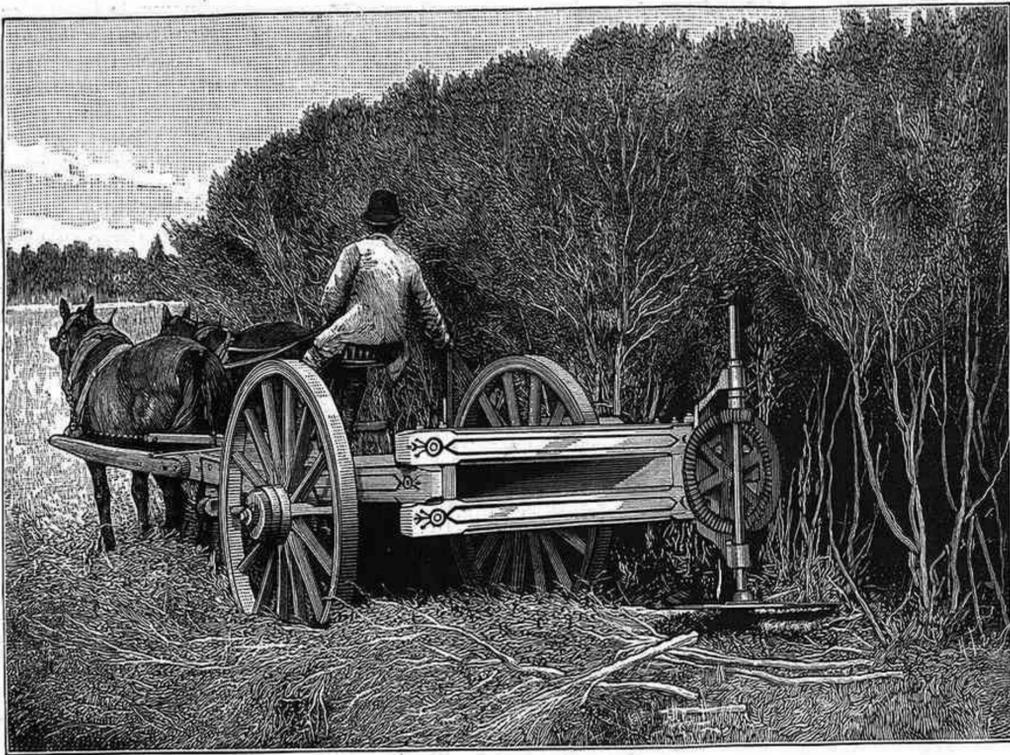
Valeria, al ver al judío acercarse al santuario donde su alma se refugiaba, donde estaba escondido el espíritu misterioso que la sostenía, lanzó un gemido y cayó de rodillas. El Duque se acercó á Samuel con el rostro descompuesto, y la niña, adivinando que pasaban cosas horribles, se interpuso entre el oratorio y su profanador. Samuel al ver á la Duquesa arrodillada se exaltó doblemente. La devoción de la una exasperaba la impiedad del otro y así con mano atrevida y expresión de infinito desprecio sacó la Virgen de su nicho y volviéndose á la niña la dijo:

—Puedes guardar esta muñeca, que no hace falta.

—¡Infame, judío, hereje! — gritó Valeria levantándose fuera de sí. — ¡Alvaro, échalo fuera!

No era necesaria esta excitación. Alvaro había saltado sobre Samuel y agarrándolo por el pescuezo lo arrastró por la puerta que daba al jardín al borde del estanque, y allí, frenético, sin conciencia de lo que hacía, lo alzó con la fuerza de la locura y lo arrojó al estanque de cabeza. Sonó un golpe como de algo muy duro que choca contra la piedra y multitud de peces salieron á flor de agua.

(Continuará)



Máquina para cortar arbustos, empleada en Australia y en Nueva Zelanda

EL DESMONTE EN AUSTRALIA

Máquina para cortar arbustos

Los progresos de la agricultura en Australia son considerables, y los colonos extienden diariamente el dominio de terrenos, ya inmensos, en cuya superficie se practican las operaciones del cultivo; pero así en Australia como en América, la mano de obra escasea, haciéndose preciso servirse de la máquina. En los trabajos preparatorios de la agricultura en un suelo virgen, nada es tan largo y fatigoso como desmontar un terreno cubierto de ramaje y arbustos, si se ha de hacer esto á fuerza de brazos. Un ingeniero mecánico de Nueva Zelanda, M. William Mac Laughlin, acaba de construir una máquina para desmontar bosques, la cual presta grandes servicios en Australia y nos ha parecido oportuno darla á conocer. Nuestro grabado, que últimamente publicó el *Scientific American*, dará una idea de ella.

La máquina consiste en un ligero armazón que dos caballos pueden arrastrar fácilmente; durante su marcha las ruedas hacen girar un eje, que trasmite el movimiento, por medio de ruedas de engranaje, á una cuchilla circular, cuyo borde está cortado á bisel; esta cuchilla obra directamente en los troncos de los arbustos y en el ramaje, los cuales hace caer con prodigiosa rapidez; si se trata de madera dura, la máquina puede cortar troncos de siete centímetros de diámetro, y si es blanda hasta de diez.

Esta máquina es relativamente muy ligera, y la única parte susceptible de sufrir deterioro es la cuchilla circular; pero hállase dispuesta de tal modo, que cuando se mella es muy fácil sustituirla con otra. El operador debe ir provisto de cierto número de hojas circulares, las cuales ha de adaptar sucesivamente á la máquina á medida que se vayan necesitando.

No es preciso que el terreno sea uniforme para que el aparato funcione convenientemente; opera en muy buenas condiciones en un suelo accidentado, y además se puede colocar la cuchilla en diversas posiciones, incluso la vertical, cuando así convenga para cortar ramas.

La máquina se ha generalizado ya en Nueva Zelanda y en Australia, donde actualmente la emplean muchos colonos. Ha venido á completar la serie de los curiosos aparatos que hoy figuran en la colección de útiles para la agricultura.

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

Los sultanes y los demás jefes soberanos fueron sustituidos por el gobernador general de Manila; los *datos*, señores feudales, más ó menos dependientes, convirtiéronse después en capitanes, gobernadorcillos ó tenientes, y se les conservó á la cabeza de sus pueblos, que según su importancia tomaron el nombre de *pueblos* ó de *visitas*, ó se quedaron con el de *barangay*. Una agregación de localidades constituyó el pueblo, división administrativa que corresponde á la vez al cantón de Francia y á la parroquia; esta última está servida por un cura, cuyas atribuciones oficiales son puramente religiosas, pero cuyo poder efectivo es considerable. Los gobernadorcillos, secundados por los tenientes y por los notables, ó *cabezas*, resumieron funciones que corresponden hoy bastante bien en Francia y España á las de los alcaldes, jueces de paz y recaudadores; estos últimos eran responsables de la percepción del impuesto, que se estableció bajo la forma de capitación, tomando el nombre de tributo.

Tal es, en sus líneas generales, la organización que se

dió á las Filipinas desde los primeros tiempos de la conquista, y que se ha perpetuado hasta nuestros días con gran ventaja de la dominación española. La gran masa de la población debió mirar muy pronto favorablemente una religión y un gobierno que abolían la esclavitud, sustituyendo con impuestos y prestaciones determinadas las exacciones sin límite de los *datos*; en cuanto á estos últimos, á pesar de verse abandonados de sus vasallos, diéronse aún por felices con el poder y los honores que les dejaba la conquista, aunque sus nuevas funciones no fuesen hereditarias y sí sólo electivas. Durante largo tiempo debían ser de hecho dominio de los antiguos señores; aun existen en Manila descendientes de los soberanos del archipiélago; estas familias gozan siempre de cierta consideración, y no han sido nunca un motivo de inquietud para los españoles.

Mis lectores apreciarán más exactamente el valor de este sistema de colonización si quieren seguirme después al interior de Mindanao, grande isla, en parte independiente, pero donde la dominación gana terreno cada día. Reemplazar la arbitrariedad de los *datos* con reglamentos fijos, obligando á los estables á responder de su ejecución, es una medida cuya eficacia no se ha desmentido jamás en las Filipinas, porque concilia en lo posible los intereses del pueblo con el amor propio de la aristocracia, ahorrando además al gobierno central los complicados detalles de una administración minuciosa, y, sobre todo, las medidas, siempre violentas, que exige la percepción del impuesto.

Nada diré de la ciudad de Manila y de sus alrededores, pues otro viajero debe hablar extensamente en este viaje. Con gran sentimiento mío, atendidos los límites á que debo circunscribir este relato, sólo puedo hacer mención de la favorable acogida que nos dispensaron los excelentísimos señores Capitán general don Domingo Moriones y Morillo, y el Vicealmirante don Rafael Rodríguez de Arias y Villavicencio, así como todos los españoles, religiosos, funcionarios y particulares á quienes hemos tenido el honor de conocer. La continuación de este relato hará conocer el apoyo que han tenido á bien prestar á nuestra misión las autoridades superiores de Filipinas, y la cordialidad manifestada en sus benévolas intenciones respecto á nosotros.

El 31 de julio emprendemos la marcha á Balanga (cabeza de distrito de la provincia de Bataán), situada en la

costa occidental de la bahía de Manila. Los barcos no llegan al mismo Balanga, á causa de haber poco fondo, y detienen á larga distancia; pero M. Genu ha escrito á uno de sus amigos en dicho punto, don Cipriano del Rosario, escribano, que envía á buscarnos á la rada.

A las ocho de la mañana abandonamos las orillas del Pasig. Nuestro barco, que presta dos veces á la semana el servicio de la costa norte y noroeste de la bahía, es muy pequeño, y tenemos mar gruesa; vamos casi solos en primera cámara, pero el barco está lleno de mercaderes chinos y de tagaloes, que llevan sus inseparables compañeros, los gallos reñidores. Hombres y animales están igualmente molestados por el mareo, lo cual nos libra de los gritos belicosos que profieren siempre esos duelistas cuando se hallan en presencia de un rival.

Llegamos frente al río de Oroni, y nuestro vapor se detiene á cuatro millas de tierra. La barca (1) de don Cipriano es exacta á la cita, y la reconocemos fácilmente en medio de las demás, llegadas de los pueblos de la costa, por las numerosas banderolas tricolores con que su dueño la ha decorado en honor nuestro. El trasbordo no se efectúa sin alguna dificultad, pues la marejada es cada vez más gruesa, y no comprendemos una sola palabra de las recomendaciones que nos hace el patrón; mas por fin enderezamos el rumbo hacia tierra. Los doce remeros sudan agua y sangre para gobernar la embarcación, que levantada hasta la cresta de las olas, con la mitad de su casco suspendida en el vacío, parece que se va á dividir en dos: cuando su centro de gravedad ha franqueado la arista, la barca se balancea, su proa se sumerge bruscamente en el espacio hueco de la ola, y levanta un penacho de espuma que hace proferir á nuestros remeros agudos gritos. Llegados á la costa, nos deslizamos en medio del dédalo de corales (empalizadas) y pesquerías, y después de haber embarrancado varias veces en un fondo de cieno, penetramos en el río de Balanga, bordeado de casetas semejantes á las de los malayos, pero mucho más limpias. Don Cipriano nos espera en su coche, y cruzamos rápidamente el pueblo, muy alegre y poblado de tagaloes de risueñas fisonomías. En la casa de nuestro patrón nos espera la señora de Rosario, quien nos dice que hemos tomado posesión de su casa. Es la fórmula usada en Filipinas; ya se verá que no es trivial, y que la hospitalidad española confirma exactamente las promesas de una declaración que al pronto podría parecer hiperbólica. Ciertamente es, sin embargo, que tenemos la fortuna de estar apoyados poderosamente por nuestro cónsul, M. Dudemaine, y por monsieur Genu.

Una palabra sobre lo que venimos á buscar en la provincia de Balanga.



Viaje á Filipinas. - Rajah malayo y su mujer

El navegante que recorriendo el gran archipiélago de

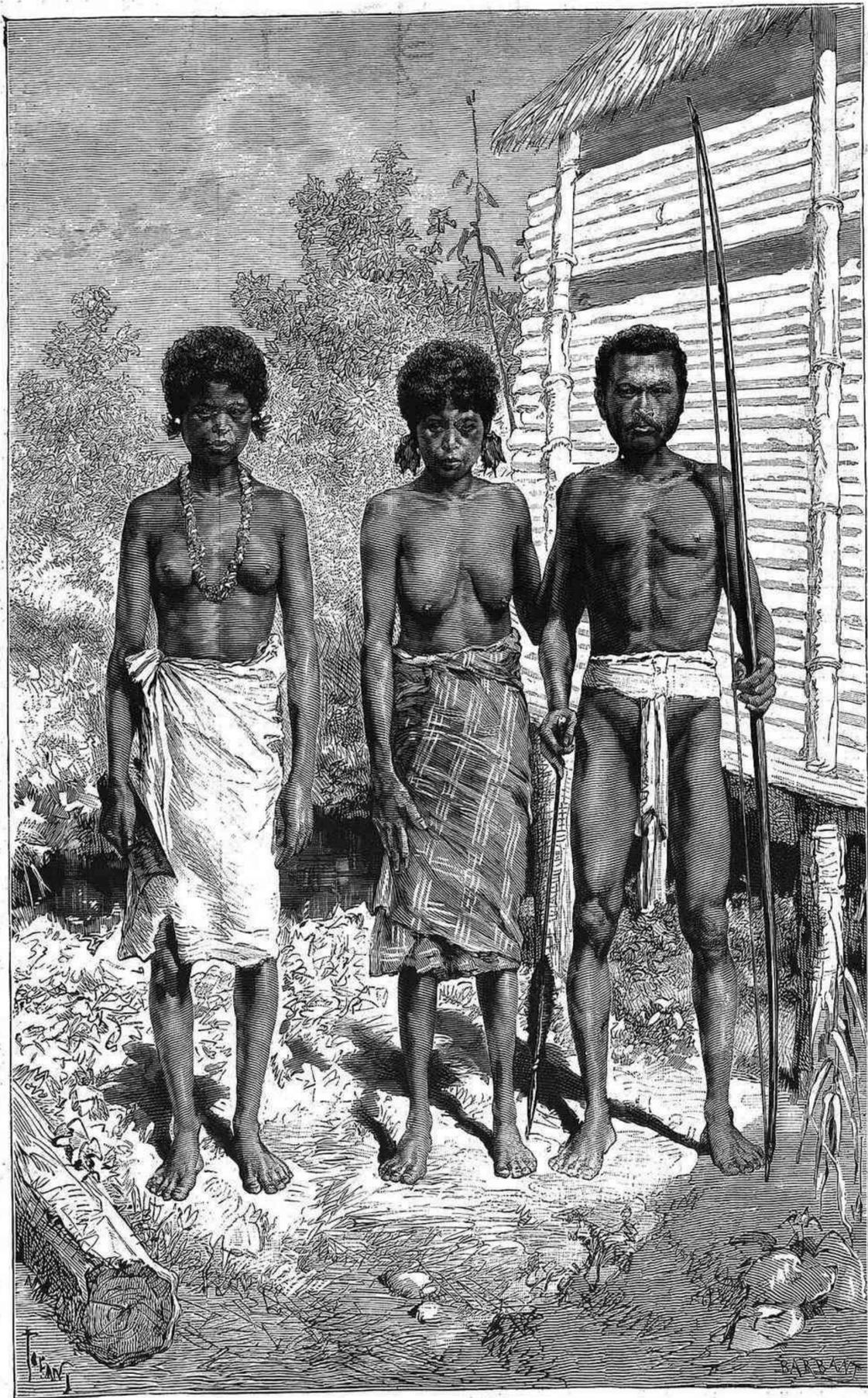
(1) Barca, *parao* en tagaloe, embarcación larga y estrecha, de una sola pieza, hecha del tronco de un árbol, por lo regular el *lauan* (*Mocanera polysperma*, Bl.), casi siempre provista de balancines. Es el *prau* malayo.

Asia, desde Luzón á Java y desde Sumatra á las Molucas, no abandonase jamás las costas y los estuarios podría creer que las variedades de una misma raza pueblan exclusivamente todas estas islas, y que no es posible encontrar sino malayos más ó menos modificados. Estos últimos no representan más que una raza conquistadora y guerrera, la última llegada á estos parajes, con frecuencia alterada por cruzamientos, pero siempre fácil de reconocer por sus caracteres esenciales. Más lejos, en las regiones montañosas y cubiertas de bosque del interior, habitan otras razas, claramente distintas, que poblaban el país mucho antes de la aparición de los últimos invasores. Hemos reconocido ya este hecho en Malaca, y volvemos á observarlo en todas partes. Los tagaloes constituyen el fondo de la población de Manila; los encontraremos otra vez en la provincia de Bataán, y los veremos igualmente en las de Batangas, la Laguna, Bulacán, Cebú, etc. Así los *Bicolos* de las provincias de Camarines y de Albay como los *Bisayas* de Panay, *Negros*, etc., y otros muchos, son pueblos que apenas difieren de los malayos del Sur, como no sea por una notable proporción de sangre negra ó amarilla; según las localidades. Son católicos desde la conquista española; están perfectamente civilizados, y si les cuesta comprender bien el espíritu de los preceptos religiosos, á que obedecen, manifiestan en cambio una aptitud singular para las artes mecánicas, y sobre todo para el dibujo y la música. Bajo la dirección de un jefe atento y enérgico, son buenos obreros y cultivadores laboriosos, marinos y soldados pacientes y de valor; pero abandonados á sí mismos, déjanse dominar fácilmente por la indolencia, representando en esas latitudes un tipo muy común en Nápoles en otra época; de modo que se les podría llamar *lazaroni* del extremo oriente. Hemos visto que á la llegada de los españoles el islam apenas estaba establecido en Luzón; pero si no se hubiese encontrado con las fuerzas europeas habría subyugado muy pronto fatalmente á estos pueblos, acostumbrados á la indolencia; á no ser por los cañones de la marina española, los filipinos obedecerían hoy á los malayos mahometanos de Joló y de Mindanao.

En todas las montañas que rodean la bahía de Manila, desde San Mateo á la sierra de Mariveles, y en otros muchos puntos, en Negros, en Mindanao, etc., hállase una raza completamente distinta de la de los tagaloes, de los bisayas y de todas aquellas que pertenecen á la gran familia amarilla: es la raza de los *Negritos*, que ofrece un gran interés antropológico, porque es incontestablemente la primera que pobló estas islas; vive en la independencia y en estado salvaje, más ó menos fácil de abordar según el tratamiento que recibe de los pueblos que la rodean. Todo nos inducía á creer que los negritos de la sierra de Mariveles, en la provincia de Bataán, eran los que podían estudiarse en mejores condiciones, y por eso hemos venido á Balanga.

Nuestras esperanzas se realizan mejor de lo que creíamos. Estos desgraciados Negritos, los primeros dueños del país, fueron expulsados por los tagaloes del mar y de sus orillas, de los ríos y de las llanuras; los invasores les robaron hasta su reputación, y calumniando á sus víctimas, representáronlos como ladrones, incendiarios y asesinos. Los hechos alegados no carecen á menudo de exactitud; pero su interpretación deja mucho que desear. Los ataques de los Negritos no suelen ser más que represalias.

Bajo la administración justa é ilustrada del gobernador de la provincia de Bataán, los Negritos viven en la mejor inteligencia con los tagaloes, y no dan lugar á ninguna queja. Fácil nos será estudiarlos en el mismo Balanga, á



Viaje á Filipinas. - Negritos de la sierra de Mariveles

donde irán sin escrúpulo, y en sus montañas, que podremos visitar sin obstáculo; pero hasta que llegue el momento, revestimos el terrible frac, la corbata blanca y el odioso gibus, únicos recuerdos desagradables de nuestro viaje, y salimos con D. Cipriano para visitar al gobernador. Como hemos adelantado la hora, nos queda tiempo aún para dar un paseo por el campo, y seguimos el camino de Abucay, en medio de la llanura que se extiende entre el mar y las primeras estribaciones de la sierra de Mariveles. Toda esta llanura está cubierta de arrozales y de pantanos, donde los búfalos sumergidos levantan su hocico entre las verdes hojas del nenúfar; numerosos trabajadores, cuyas ropas de colores chillones hieren la vista, agítanse vivamente en el fondo verde oscuro de los campos; y en último término, la montaña de Abucay, sobrecargada de bosques en que predominan los troncos blancos y esbeltos, cierra aquel cuadro magnífico, iluminado por la suave luz de un cielo luminoso. Encontramos un *quatuor* tagaloe provisto de una guitarra de dimensiones inverosímiles y de dos flautas: aquí se planta el arroz al són de la música; D. Cipriano ordena que en un campo donde se trasplanta el *bulubad* (1) se ejecute una tocata; los músicos saltan el vallado de bambú, y el guitarrista se prepara, con gran alegría de los trabajadores. Un momento después entona una copla en ritmo cortado; y aunque es tarde y se ha trabajado penosamente durante el día, los tagaloes, poseídos de nuevo ardimiento, muévense cadén-

(1) El *bulubad*, arroz en yerba; el arroz en la planta se llama *palay*; en grano *bigas*; cocido, *morisqueta* ó *sinaing* (tagaloe). Aun hay una docena de nombres para designar los diversos estados en que se puede presentar el arroz.

ciosamente, inclinados sobre el suelo, teniendo un puñado de plantas en la mano izquierda. El compás es á tres tiempos: al primero cogen con la mano derecha algunos tallos de arroz y los clavan en el cieno; al segundo amontonan la tierra con el pie izquierdo, y al tercero dan un paso atrás. Trasportado este baile al escenario del teatro de la Ópera, con el maravilloso paisaje que nos rodea, creo que produciría buen efecto.

Al llegar al territorio del pueblo de Abucay entramos en la provincia de Pampanga. En este instante encontramos una multitud de tagaloes que vuelven á sus casetas, terminado el trabajo del día; varios hombres y mujeres van montados en los búfalos, uncidos á unas carretas de primitiva construcción; D. Cipriano tiene mucha influencia, debida más bien á la rectitud de su carácter que á su autoridad de escribano; todo el mundo nos saluda al estilo tagalo, avanzando el labio inferior, mientras que los peatones se inclinan de lado, cual si tu viesen anquilosada la columna vertebral.

En Abacay, donde reside el vicario general de la provincia de Pampanga, se está reedificando la iglesia; su magnífico reloj de piedra, y su fachada monumental, contrastan singularmente con las casetas de los tagaloes, y hasta con el edificio de los tribunales (2). Es tarde y volvemos á Balanga al trote rápido de nuestros caballitos.

Don Estanislao Chaves, el alcalde, nos recibe muy cordialmente, así como el señor Pérez, promotor fiscal (3), que se halla en este momento en la *casa Real* (4). El señor Chaves nos convida á comer, y se pasa alegremente la noche hablando de las Filipinas, que todos estos señores conocen á fondo.

Al día siguiente, gracias á la intervención del señor gobernador y de D. Cipriano, que sin advertirnos han obrado con tanta rapidez como buen éxito, recibimos á una diputación de Negritos. Estos salvajes tienen en el señor Chaves una confianza absoluta; y sin imponerles el tributo, incompatible con sus recursos y sus costumbres, los ha inducido, en su propio

interés, á reconocer la dominación española.

Los Negritos que vienen á vernos están desnudos; su jefe, que ni siquiera lleva pantalón, viste sin embargo un frac á la moda de 1830, ostentando un sombrero negro cuya seda está cuidadosamente cepillada al revés. Aunque no experimentan ningún temor, todos estos pobres diablos tienen el aspecto humilde y compungido de los perros de los saltimbanquis que esperan el momento de saltar por los aros con acompañamiento de un latigazo. Hacemos varios regalos á los Negritos; y deseosa la señora Rosario de facilitar nuestros estudios, ingeniase para que estos salvajes estén con toda confianza; ordena que les sirvan una abundante comida y bromea con ellos. Muy pronto desaparece la reserva, y el jefe declara que lo mismo allí que en las montañas, podremos hacer con él y con su tribu lo que se nos antoje, pues los que son amigos del alcalde y del escribano no pueden tener malas intenciones.

Resumo en dos palabras los caracteres antropológicos de los Negritos, de estos pequeños salvajes que por su coloración cutánea y cabello crespo ofrecen mucha analogía con los negros de Africa, y también con los de Nueva Guinea, difiriendo, no obstante, por muchos caracteres esenciales.

(Continuará)

(2) Alcaldía, juzgado de paz y prisión; todos los viajeros son alojados en el edificio gratuitamente.

(3) Magistrado que desempeña las funciones judiciales, análogas poco más ó menos á las de los procuradores de la República.

(4) Residencia del gobernador.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON